

La otra decisión

Por Juan Jorge Michel Fariña

Comentario del film **Sentencia previa**, de Steven Spielberg

¿Qué es un desaparecido? No existen palabras para describir semejante ultraje a la condición humana. El arte apenas ha podido rozar el umbral de ese imposible. La canción popular, con “Los dinosaurios”, de Charly García y “Desapariciones”, de Rubén Blades, nos ha puesto sobre la pista de la tragedia. Pero el cine, todavía permanece en deuda. Especialmente, porque se ha filmado mucho al respecto. Pero nadie puede proponerse tratar el tema de los desaparecidos. La acción deliberada cancela el acontecimiento artístico. Quizá por ello, la lucidez del acto nos sorprende en el sitio menos esperado. El último film de Steven Spielberg, *Minority report*, tiene esa rara virtud.

La historia está basada en un breve relato del Philip Dick, el genial escritor de ciencia ficción que inspirara la recordada *Blade Runner*. Spielberg va en busca de una taquillera ficción futurista y la desaparición lo toma desprevenido. El vuelo artístico sorprende al lúcido artesano. Un aparente detalle se sustrae al cálculo inicial. Hay allí un atisbo de acto creador.

John y Lara Anderton son un matrimonio joven cuyo hijo ha desaparecido. “Desaparecido”, es decir, que dejó de estar. De un día para otro, sin que nadie pueda rastrear su paradero. El pequeño Sean ha desaparecido. De la nada. En medio de la más absurda trivialidad.

No está muerto, pero hace seis años que no se sabe nada acerca de su vida. Luego de una presumible búsqueda, tan prolongada como infructuosa, la incertidumbre perpetua. Sus padres conocerán entonces ese abismo que castigó a tantas familias argentinas. ¿Cómo seguir viviendo después de semejante pérdida?

Ambos quedan en déficit. Lara, presa de una melancolía sin límites, aislada en una casa de campo, ni siquiera puede volver a estar con su marido. La culpa –bajo la forma siempre injusta de los reproches nunca dichos–, le impide volver a verlo. El recuerdo de su hijo le prohíbe estar con su esposo. John y Sean se confunden, y la sombra del niño la anula como mujer. (La identidad de los nombres le juega una mala pasada. En la religión judía, no se puede bautizar a un hijo con el nombre de una familiar vivo).

Como contraparte de la depresión de su esposa, John Anderton ha encontrado una causa maníaca para su vida. Ascendido a detective, encabeza un ambicioso proyecto policial destinado a erradicar los asesinatos, deteniendo a los perpetradores antes de que los crímenes sean cometidos. La obsesión del protagonista por la eficiencia resulta así una obvia fórmula reparatoria de su propia negligencia en la desaparición del hijo.

Pero intervenir por adelantado para evitar otros crímenes, no lo sustrae de su angustia sino que lo sume cada vez más en ella. El personaje queda preso de la repetición. Durante el día, bajo el vértigo de la adrenalina, durante la noche bajo los sedantes y las drogas pesadas. En lugar del trabajo de duelo, una perpetua evocación de la mujer y el hijo perdidos.

En la superficie, el personaje no presenta fisuras. El vértigo policial le exige una permanente toma de decisiones. Algunas de estas decisiones suponen meros algoritmos y acompañan la lógica de las computadoras con las que se asiste. Llamaremos “opción” a este primer tipo de decisiones [1]. Otras, son más complejas y exigen la justa ponderación de distintos factores. Si bien la escena del crimen le es provista por las visiones de los precognitivos, la organización de

los elementos dispersos corre por cuenta del detective. La trama de la historia lo lleva incluso a incorporar un dato inesperado: el minority report. Los precognitivos, no se equivocan, pero a veces discrepan. A la manera de un tribunal integrado por tres jueces, los fallos no siempre son unánimes. En ocasiones, uno de los precog queda en minoría. Esto supondrá un nuevo desafío para el detective John Anderton, especialmente cuando se entera de que la lógica totalitaria ha suprimido estos dictámenes minoritarios para hacer más verosímil el sistema.

Es interesante el detalle de que el fallo por la minoría sea siempre el femenino. Dos integrantes del jurado son varones, pero es la mujer, Agatha, la que aloja la diferencia. Se trata de un previsible alegato sobre la importancia de los grupos minoritarios —en este caso en clave feminista—, a tono con un país cuya identidad es cada vez más la resultante de un crisol de diferencias.

Este variado escenario de decisiones, en la que hay que sopesar elementos dispersos y perspectivas encontradas, constituye un segundo grupo de decisiones, que llamaremos, siempre siguiendo a Lewkowicz, “elección”. El protagonista también lidia con éxito en ese terreno.

Pero la historia tendrá un giro inesperado. Una nueva convulsión estremece el cuerpo de Agatha. Los precognitivos tienen una nueva visión. Esta vez anticipan un crimen en el que el propio detective es el asesino. Tomado por la lógica anticipatoria, John Anderton deberá lidiar con su propia sentencia previa. Resignado, va al encuentro de su víctima, pero todavía esperanzado en algún minority report que le ofrezca una probabilidad para zafar del destino.

Pero ya en la escena del crimen el orden de necesidad se impone como irreversible. No existe minority report para su caso y como si eso fuera poco, su anunciada víctima resulta ser un monstruo. Muchas veces nos hemos preguntado qué harían los padres de un desaparecido si se encontraran frente al victimario de sus hijos. Imprevistamente, el film de Spielberg nos coloca ante ese trance. El criminal reconoce impunemente haberse ensañado con el pequeño niño. ¿Qué hacer con el asesino de un hijo? John Anderton no tiene dudas. Estuvo seis años esperando ese momento y sabe qué es lo que hay que hacer. Apunta, decidido a hacer justicia. Pero en el instante crucial, cuando cae la aguja del horizonte temporal del crimen, desiste de su acción.

No interesan aquí sus razones manifiestas. No interesa si lo hace porque es un buen detective, o porque sigue los prudentes consejos de una mujer talentosa. Interesa saber que ya estaba decidido a hacerlo, que iba a disparar. Pero que no lo hace. Al desistir en ese último instante, se abre a lo imprevisible. Sin proponérselo, abre una brecha en el tiempo, y recibe entonces un comentario por parte de su víctima. Una revelación que no podía preverse. Porque no son palabras que podían haber sido dichas antes, sino que acontecen allí: son invención de esa pausa.

Esas palabras que el sujeto demanda al Otro, decretan de un plumazo la inutilidad de su empresa. No tanto la de su vengativo-preventiva empresa policial, sino la de toda su existencia. Pero es ese instante en que el protagonista hizo tiempo. Tiempo para comprender.

En esa pausa, el sujeto decidió, sin saberlo, poner fin a una serie de repeticiones. Va en busca de su mujer y por primera vez pueden hablar del hijo perdido. Pueden llorar juntos y decirse lo mucho que lo extrañan. Pueden evocar e imaginar un niño más allá del trauma.

Todo el film vale esa decisión. El sujeto decidió ir en busca de un destino diferente. No retrocediendo en el tiempo para prever lo imposible, sino buscando en el porvenir de un nuevo hijo.

La historia de Spielberg se rescata a sí misma. Nos sugiere un camino posible para un duelo por una persona amada y desaparecido. Ni la venganza maníaca ni la depresión paralizante. Una causa. Pero lo que enseña el film es que la verdadera causa política, la que cambia el curso de la historia, es la que supone la decisión de un sujeto. No la mera opción correcta o la elección adecuada. Una decisión.

Es cierto que John Anderton no está completamente solo. Lo acompaña una analista. Porque Agatha ha dejado de ser una precognitiva para sustraerse ella misma de semejante cansancio. Ya no es la precog que todo lo ve. Ella misma se sustrae al conductismo del film. ¿Can you see? ¿Can you see? No es un mensaje para el Departamento de precrimen, sino una interpelación al sujeto. Y John Anderton, que pasó años en la ceguera de los ojos abiertos, se ha operado de la vista.

[1] Opción, elección, decisión, de Ignacio Lewkowicz.